

## La Condición Centro-Marginal Post-Moderna\*

*Nelly Richard*  
Santiago, Chile

Presento esta intervención sobre periferia y descentramientos del poder cultural en el marco del debate post-moderno. Tal debate pretende funcionar hoy como referencia obligada en la escena teórica internacional y, de hecho, paso a ser la "dominante" cultural que sitúa y ordena el temario de las reflexiones críticas validadas por los circuitos de pensamiento metropolitano. El discurso post-moderno funciona entonces como referencia-guía que, desde el contexto latinoamericano (en diálogo con el sistema de la cultura internacional y buscando interpelar sus mecanismos), nos llama a replanear el problema de las relaciones entre saber dominante y prácticas subalternas o periféricas: entre centros y márgenes, tomados no simplemente como localizaciones geográficas sino

como posiciones-de-discurso y estrategias enunciativas.

Partamos por revisar algunos supuestos desde una pregunta: ¿Hasta dónde tiene aún sentido hablar de Centro, cuando la retórica dominante (la post-moderna) nos dice que han estallado las polaridades fijas y unitarias, que se han pluralizado y diseminado las jerarquías de poder? La modernidad había sintetizado su programa civilizatorio de avances y progresos en una imagen de Centro que simbolizaba el dominio de su racionalidad universal. Geográficamente hablando, el Centro se definía como polaridad metropolitana que condicionaba a la Periferia haciéndola depender unilíneamente de sus controles y decisiones. ¿Qué modificaciones introduce — dentro de ese reticulado Centro/Periferia — la crítica post-moderna al paradigma universalista (*centrado*) de la Modernidad?

La condición post-moderna se caracteriza por la dispersidad de los saberes y de los poderes que circulan ahora siguiendo las redes más mediáticas — proliferantes y miniaturizadas — de la tecnocultura multinacional. Las macro-oposiciones de antes entre Dominación y Dependencia (resumidas a ejes binarios: imperialismo/anti-imperialismo, Primer Mundo/Tercer Mundo, etc) se disolverían ahora en una pluralidad heterogénea de micro-enfrentamientos de poderes y resistencias locales, mucho más segmentados que antes. Las representaciones de ese poder pluricentrado serían cada vez más transversales, haciendo que el Primer Mundo y que cada Periferia reconstruya también — internamente — figuras del Centro que le permitan definirse oposicionalmente. Por lo demás, sabemos que las categorías de Centro y Periferia son inter-relacionales (no hay ningún Centro ni Periferia en sí mismos) y que se van reformulando a medida de los desplazamientos de ejes que van corriendo la escala de los predominios y subordinaciones. Ni el Centro ni la Periferia son localidades fijas, en un sentido ingenuamente topográfico. Son

ubicaciones móviles que van redibujando mecanismos de poder según como varían las coordenadas simbólicas y territoriales que fijan las jerarquías.

Ahora, ¿basta ésto para afirmar que se han disuelto las categorizaciones de poder que antes tomaban la forma del antagonismo Centro-Periferia?

El Centro no agota su significado en el realismo geográfico de un puesto metropolitano. Operan como *funciones-centro* (como instancia normativa o canónica) todos aquellos ejes que hacen girar un sistema de referencias en torno a su simbólica de la autoridad: dictando pautas de significación o conducta, prescribiendo usos, fijando legitimidades, decretando vigencias.

En tal acepción, el perímetro que delimita la vigencia del tema post-moderno sigue gobernado por las *líneas de fuerza* (y dominancia) de la escena euro-norteamericana. Su trazado lo conforma una red académico-institucional (de universidades, revistas, institutos, editoriales, etc) que divulga y *consagra* la autoridad del pensamiento internacional. Según el post-modernismo, la red de los intercambios culturales habría ganado en fluidez y tolerancia a medida que el mercado planetario de la tecnocultura fue desdibujando fronteras y entrecruzando registros de identidad. Pero tajantes divisiones siguen ritmando las asimetrías del poder cultural. Asimetrías ligadas no sólo a la localización de los operadores de la cultura en el centro o en la periferia del mapa de distribución de los recursos, sino a su pertenencia o no-pertenencia al circuito simbólico-institucional que acredita valor y prestigio internacionales. La jerarquía del Centro procede de sus investiduras de autoridad en cuanto polo *dotador de sentido*. La ventaja simbólica del Centro procede de cómo manipula los medios para reprocessar todos los signos en valores: de cómo

detenta el monopolio del Sentido poseer las técnicas de la especulación discursiva y acaparar sus ventajas. Nuevamente, la pregunta es, ¿Qué cambia en los símbolos jerárquicos del Centro con la crítica post-moderna a los centrismos?

El Centro fue interpretado por la periferia latinoamericana bajo la modernidad y sus teorías de la dependencia, como polo dictaminante que hablaba el lenguaje vertical del dogma colonialista o imperialista. Hoy ese Centro parecería haber trocado su rostro impositivo — de mando/dominación — por las máscaras relativistas y conciliatorias de la pluralidad dialogante. El Centro — en cuanto exponente legítimo del discurso sobre la fractura de los metarrelatos — se hizo partidario de la crisis de unicidad-totalidad-centralidad y hasta nos insinúa que esta *crisis de autoridad* — rodeada de la defensa post-moderna de lo diverso, lo plural, lo heterogéneo, en contra de los fundamentos monológicos de los paradigmas universalizantes — puede leerse como señal de debilitamiento de la superioridad eurocentrista. A favor de este giro post-moderno, estaría el rescate heterológico de lo Otro: lo divergente, lo alternativo, lo minoritario. Todo aquello hasta ahora censurado como *margen* (o periferia) por el cánón de la representación occidental — dominante y que hoy parecería beneficiado por esta nueva flexión antiautoritaria de lo descentrado.

Al haber sido el primero en meditar sobre su crisis de centralidad — gracias a la sintaxis fracturada de la post-modernidad — pareciera que el Centro amenaza con arrebatarse a la Periferia su protagonismo de lo alterno, de lo no-hegemónico. Pero esta pseudo-amenaza tiene más bien carácter de desafío al exigirnos rediseñar estrategias de contra-apropiación cultural. Estrategias que desactiven esa modulación perversa de la nueva “centro-marginalidad” post-moderna.

Desde ya, habría que partir desmontando los subterfugios retóricos de esta neo-celebración de la “diferencia” que se festeja como tal siempre y cuando la diferencia en cuestión (márgen o periferia) permanezca atada a la condición de seguir siendo *hablada* por el centro. “Diferencia” post-moderna convertida en fetiche contemplativo por el discurso de la identidad: el discurso que homologa en representación de una función-centro. Ella nombra lo Otro pero siguiendo las leyes de significación que continúan administrando la división entre sujetos y objetos del discurso, de acuerdo a la lógica simbólico-institucional de los créditos discursivos que avalan el poder cultural.

El pluralismo de lo Otro exhibido por el discurso post-moderno se ha oficializado en una *retórica* de la “diferencia” que principalmente les sirve a muchos de los latinoamericanistas del Centro para rendirle tributo — más bien cosmético — a lo “marginal”. Le correspondería a las prácticas culturales de la periferia — en complicidad con la teoría radical del Centro (que también las hay) — pelear el significado de una *política de la diferencia*, que le restituya al “márgen” su valor polémico.

(\*) Publicado em Noreen Tomassi, Mary Jane Jacob e Ivo Mesquita (orgs.), *American Visions / Visiones de las Américas*. Nova Iorque, ACA (American Council for the Arts), 1994, pp. 19-21. Reproduzido aqui com permissão da autora e dos organizadores. Nelly Richard é editora da *Revista de Crítica Cultural*.